

—Papá duerme aquí —murmuró papá—. ¡Papá no se quiere ir a la cama de matrimonio! ¡Quisiera que mis conejitos me trajesen mi edredón!

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Häschen.

—¡Su edredón! —dijo Gretchen.

El problema era que papá no tenía edredón propio. Normalmente solía dormir con mamá en una cama de matrimonio, bajo el mismo edredón.

—Mamá no me quiere dar el edredón —dijo Häschen.

Papá se incorporó un poco y murmuró:

—¡Lo dividiremos! ¡Lo partiremos por la mitad! ¡La parte de la izquierda es mía! —dijo volviéndose a tumbar en el sofá de cuero.

Gretchen fue a buscar la manta escocesa que mamá solía ponerse sobre las piernas cuando veía la televisión, para cubrir con ella a papá.

—Es demasiado pequeña —exclamó Häschen, que se apresuró a ir al cuarto de los niños para regresar con su edredón, que era muy grueso, y se lo echó por encima—. A mí me basta con la mantita —dijo con generosidad.

Papá se estiró el edredón hasta la cabeza. Häschen y Gretchen, aún se quedaron un rato ante el bulto que formaba el edredón, con papá debajo, y, cuando oyeron que del bulto salía un ronquido suave, se fueron a su cuarto. Bostezaron. Se sentían tremendamente cansados. Tan cansados estaban, que ni siquiera se dieron las buenas noches.

Al día siguiente, en el colegio, Gretchen tenía sueño y tuvo que luchar denodadamente contra las ganas de bostezar. Durante el recreo, se quedó en su sitio, esperando una mirada o una seña de Florian. Un «amor en secreto» tampoco debería ser tan secreto como para que ni siquiera me mire, pensó. Sin embargo, a la hora del recreo, Florian bajó al patio con Otti Horneck y algunos más, y, al volver a clase, después de que sonara el timbre, todos tenían unas sonrisas de lo más bobas.

La mañana acabó sin que Florian hubiese desperdiciado ni el menor gesto ni la mirada más insignificante con Gretchen. Y, después de clase, salió del aula charlando con Alexander Hüberl y no se

—Ya que no me has ayudado con esos idiotas, ¡ayúdame ahora, por lo menos! Yo sola no puedo con él.

Gabriele se rió.

—Pero, ¡Gretchen...! ¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? Si mi madre te oyera, no estaría tan encantada de que ahora seamos amigas.

Gabriele agarró a Hänschen por debajo de un brazo y Gretchen lo cogió por el otro.

—¿Y dónde están todas sus cosas del colegio?—. Gabriele miró a su alrededor, tratando de encontrarlas. La cartera verde de Hänschen no se veía por ningún lado.

—Se la habrá llevado alguien —dijo Gabriele—. ¡Eso sí que es de juzgado de guardia! ¡Ya hay que ser masoquista!

Lo fueron arrastrando, paso a paso, muy despacito, hasta la parada del tranvía. Gretchen seguía buscando con la mirada la cartera de su hermano. No podía creerse lo del robo masoquista.

—Hänschen, bonito —dijo Gabriele, jadeando—. ¿No podrías esforzarte tú también un poquito?

Pero el niño no reaccionaba y se dejaba llevar como si tuviese huesos de goma. A lo largo de los cien metros que hubo que arrastrarlo hasta la parada del tranvía, Gretchen tuvo que rehusar tres veces el ofrecimiento de los viandantes de llamar a una ambulancia.

—En la vida lograremos subirlo al tranvía —dijo Gabriele, jadeando, cuando llegaron a la parada—. Necesitaríamos una grúa.

Gretchen asintió, moviendo la cabeza con preocupación.

—¿Tienes dinero para un taxi? —preguntó Gabriele.

A Gretchen solo le quedaba un euro. El de urgencia, para llamar a mamá por teléfono, recordó. Apoyó a Hänschen contra la papelera que había en la parada.

—Se hace el muerto —dijo Gabriele—. Es lo que hacen muchos cuando se sienten perdidos.

Gretchen sacó la moneda y la nota con el número de teléfono del magistrado, de la cartera. Le dio a Gabriele la nota y el euro, e, indicándole la cabina telefónica que había enfrente, dijo: